

El triunfo de Stalin A manera de epílogo*

En 1936, la URSS proclamó la segunda constitución, la tercera del poder soviético si se toma en cuenta la de 1918, cuando la Unión no existía.

El Partido Bolchevique y su jefe ya indiscutible, Iosif Stalin, habían resuelto a contrapelo de Marx y Engels, la manera en que un Estado socialista aislado podía crear riqueza y desarrollar unas poderosas fuerzas productivas. El régimen que se consagraba constitucionalmente era muy homogéneo en su composición social —a partir de transformaciones emprendidas «desde arriba» y con métodos coercitivos, si bien aún no criminales— y tenía los niveles de distribución de la renta nacional más igualitarios de toda la historia conocida.

Es inútil buscar en los textos de Lenin las claves de estos resultados. De hecho, tanto Stalin como sus adversarios de la década anterior (años veinte), apelaban a la actitud del difunto líder para justificar sus posiciones, contrarias y hasta antagónicas. La base social e ideológica del triunfo de Stalin anda por otra parte y ni siquiera es atribuible solo a la arbitrariedad reinante en el Estado y el partido desde el proceso iniciado con la derrota de los bujarinistas hacia 1930. De hecho, la arbitrariedad fue «usada» por todas las fracciones bolcheviques en mayor o menor grado —si bien es cierto, que, excepto los estalinistas, todos los demás fueron rehusándola unos tras otros—, y en los grados en que es consustancial a cualquier revolución.

* Este texto, con sus notas, es de la autoría de Fernando Rojas, compilador del volumen. (N. del E.).

Se olvida con frecuencia, cada vez más intencionalmente, que las expresiones de arbitrariedad de la Revolución Bolchevique, en su etapa ascendente (1917-fines de los años veinte)¹ fueron muchas menos y mucho menos graves que las de las revoluciones burguesas tan glorificadas hasta hace poco (hoy es conveniente a los amos del mundo y sus satélites voluntarios o inconscientes no glorificar revolución alguna).

La clave del triunfo de Stalin hay que buscarla en los anhelos de prosperidad creciente y rápida, y de paz y estabilidad que inspiran a la masa de la población a participar en cualquier revolución.

Isaac Deutscher reconoce esta condición en la primera mitad de los años veinte, si bien matiza su conclusión con la denuncia de la intención manipuladora de la historiografía antisoviética para contraponer esa época idílica a la sangrienta década del treinta. León Trotski aplica creativamente la noción de la dialéctica opresor-oprimido a la relación de la burocracia soviética con el conjunto de la población en los años treinta. Se puede coincidir con ambos pero, al mismo tiempo, los hechos, los documentos y la prensa — aun la occidental — confirman que la sensación de bonanza y estabilidad acompañó a importantes y amplios sectores de la sociedad soviética hasta el inicio de la guerra en 1941, si bien desde mediados de los años treinta esa sensación se combinó contradictoriamente con el miedo.

Sucedió que la arbitrariedad dio paso al crimen. En el mismo año en que se proclama la flamante constitución soviética, la más avanzada legislación social conocida hasta entonces, tenían lugar los primeros «célebres» procesos de Moscú — célebres para todos excepto para los que nos educamos en la fidelidad a la Unión Soviética —, que permitieron a Stalin liquidar a la flor y nata de los jefes de la revolución y el partido. Antes de ser fusilados, los jefes bolcheviques fueron desmoralizados, obligados a proferir confesiones que escondían al país y al mundo su lamentable condición de perdedores políticos y dejaban en suspenso su credibilidad como revolucionarios. De esa perversa manera, Stalin se aseguraba de que sus adversarios no pudieran ceñirse la aureola de mártir.² El terror golpeó a cualquier disidente y a sus familias, y se estableció como norma.

Trotski y Deutscher afirman que Stalin no se sentía seguro, a pesar de su poder absoluto. La dinámica de su explicación conduce a suponer que, sucesivamente, la clase sustituyó al pueblo, el partido a la clase, la fracción al par-

tido y el líder a la fracción, y —añado desde su lectura— ello no significaba seguridad alguna, pues siempre quedaban adversarios reales o potenciales en el tránsito de una a otra sustitución. En mi percepción tales sustituciones no se suceden una tras otra, sino que tienen lugar concomitantemente y, muchas veces, con arreglo a la lógica de cualquier revolución.

Una cuestión esencial es que los bolcheviques, Stalin más que ninguno pues resultó el vencedor en la lucha por el poder, no habían resuelto la cuestión de la democracia. Sabían que la versión burguesa del poder popular —presentada hasta hoy como «democrática»— fue y es una farsa redomada, pero no habían podido, a pesar de sus largos debates sobre el asunto y de las justas reconveniones de Rosa Luxemburgo, vertebrar una alternativa al mismo tiempo reconocida y verificable.

Las premoniciones y reconveniones de Lenin quedaron en el papel. De haberse tomado seriamente en cuenta —algunas de ellas eran propuestas muy concretas— la clase obrera hubiera tenido desde 1924 un papel mucho más importante en el país y frente al partido que se burocratizaba, que el que tenía al triunfo de la revolución. Dicho sea de paso en la propaganda sí que lo tuvo. Pero no fue así en los hechos. Sin embargo, hasta la derrota de Bujarin en 1930, el telón de fondo de discusiones ideológicas trascendentales sobre los destinos de la mayor parte de la población del planeta, ignoradas intencional o inconscientemente hasta hoy, no fue la apatía como Deutscher supone, sino una participación masiva espontánea en la conquista de un futuro promisorio para centenares de millones de personas, a contrapelo de unos sóviets que languidecían, pues apenas habían sido diseñados para movilizar a los agentes de la toma del poder en 1917.

Stalin sabía todo eso. Sabía que no había tal apatía, que la gente seguía apoyando la revolución, pero no lo hacía desde una institucionalidad nueva, lo hacía desde la democracia real que siempre habían clamado los oprimidos. Y no solo porque, como Lenin previó, la tradición burocrática zarista había permeado la institución soviética, sino porque esa misma institución no era *aún* — hoy nos quieren convencer de que dejó de serlo— la institución definitivamente democrática.

Pero Stalin necesitaba un triunfo. Necesitaba consagrar políticamente los avances en la economía y la distribución de la renta, necesitaba, Maquiavelo consumado, consagrar la construcción del socialismo, con lo que haría muy

poco favor al ideal de Marx y Lenin, pues el socialismo presume los más altos niveles de bienestar colectivo y democracia política. Y para prevenir cataclismos, decidió consagrar los sóviets existentes. Consultó, sí, consultó, y el acuerdo fue generalizado: todos quieren consagrar la noción de bienestar. Sabía que habría adversarios y decidió enlodar a la revolución en el crimen, eliminando todo lo que recordara el fracaso en construir la democracia y la perspectiva de que el socialismo es el crecimiento de la calidad de vida en todos los órdenes.

Y, mientras tanto, el régimen renunciaba a la práctica internacionalista consecuente que lo había caracterizado hasta el deceso de Lenin. Bujarin estableció el dogma de la estabilización del capitalismo al exagerar tendencias reales, que en rigor apuntaban a la clara percepción que tenía la burguesía de la existencia de una alternativa a su dominación. Tras sus pasos, Stalin instauró una geopolítica de la coexistencia con los grandes centros de poder capitalista, despojada de la perspectiva tercermundista de Lenin, con el exclusivo propósito de asegurar los intereses de su política interna. En esa creación se adelantó varios años a la socialdemocracia internacional. La lógica de su perspectiva internacional conducía indefectiblemente a la idea de que la extensión de la experiencia socialista se produciría, de manera exclusiva, desde las extendidas fronteras de la URSS.

La Internacional Comunista resultó no pocas veces un instrumento de la política del Estado soviético. Las líneas que seguían los partidos miembros eran consecuencia de elaboraciones teóricas lastradas por la perspectiva de la práctica de la construcción socialista en la URSS o del traslado mecánico de la experiencia bolchevique a la valoración de otros procesos sociales, de lo que resultaban conclusiones erróneas y orientaciones confusas privadas del contacto con la realidad. Los años treinta vieron pasar a la Internacional de la proclamación de la estabilidad del capitalismo, a la política de clase contra clase, que no dejaba el más mínimo espacio a las alianzas con otras fuerzas progresistas ni al reconocimiento a otros actores sociales,³ para terminar en el extremo opuesto exhortando a formar frentes populares sin distinguir el carácter de las múltiples alianzas posibles o el perfil de los potenciales aliados. El origen de tantas idas y venidas no era otro que la cautela de Stalin, su indisposición fundamental a arriesgar la posición de poder conquistada, que se asentaba en el anhelo de estabilidad de los soviéticos.

Los zigzags bolcheviques dieron alas al fascismo, estimularon la ignorancia del potencial transformador de los movimientos de liberación nacional, contribuyeron a desenlaces fatales de las luchas populares en varias partes del mundo y asentaron una perspectiva dogmática del análisis de las relaciones de clase y las posibilidades revolucionarias.

La cautela no sirvió de mucho: la URSS terminó los años treinta amenazada, aislada, obligada a pactar con Hitler y revolcándose en el oprobio de una innecesaria invasión a Polonia y, lo que es peor, escasamente preparada para una guerra monstruosa e inevitable. La paradoja reside en que los propios excesos de principios de la década ayudaron a aquel gran país a resistir y vencer.

Pero eso ya son los años cuarenta.

Trotsky y la oposición comunista

Isaac Deutscher concluía uno de sus mejores pasajes con la apoteosis de la rivalidad de Trotsky y Stalin como última expresión de la evolución de la política soviética en los treinta. En cuanto a Stalin, he añadido más arriba precisiones de orden objetivo a la percepción bien conocida del formidable biógrafo. Se trata de no reducir el análisis a las actitudes personales, tanto de las figuras principales, como de la masa de activistas y militantes bolcheviques.

En el caso de Trotsky, habría que hacer un ejercicio similar desde la visión de la oposición.⁴ Está la evidente dificultad de la escasez de fuentes documentales para aquilatar la actividad de la oposición dentro de la URSS, que condiciona utilizar como fuente principal los testimonios y estudios anteriores.

En un punto principal hay sobradas coincidencias: la oposición, aplastada por el terror, desacreditada en los medios de difusión, privada de contactos directos con la gente, aislada de su jefe, confundida y manipulada por la burocracia, perdió ya a inicios de los años treinta cualquier influencia en los hombres y mujeres soviéticos. Andando un poco el tiempo, sencillamente desapareció, no solo de la realidad, sino sobre todo de la memoria.

La influencia de Trotsky y de la oposición comunista no puede ser valorada a partir de su impacto directo en la vida de la URSS. Tiene un significado historiográfico y tuvo cierta importancia para la política contemporánea, fuera de la URSS. Y sobre todo, y esa es una clave que no puede escaparse, la

actividad de Trotski y sus partidarios fue celosamente estudiada, vigilada y contrarrestada por Stalin y sus adláteres.

Hasta 1936 Trotski y sus partidarios se habían considerado miembros del Partido que criticaban por sus desviaciones burocráticas y afiliados a la III Internacional. Los procesos de Moscú, que consagraron al crimen de Estado como política del estalinismo, convencieron a Trotski de la imposibilidad de seguirse considerando militante del Partido Comunista de la URSS y de la Comintern. *La revolución traicionada* consagra en el orden teórico y político esta ruptura, aunque Trotski se cuida especialmente de dejar clara constancia de la condición de *Estado obrero* de la URSS, y, en medio de una crítica demoledora, no puede evitar constatar determinados avances en la mejoría de la situación de la población.

En torno a la condición —*naturaleza*— y a la defensa de la URSS contra el fascismo tiene lugar el último debate que involucra a Trotski. El conjunto de textos en torno a esta cuestión merecería un estudio detallado, del tipo de los dedicados a las últimas cartas de Lenin. Tanto más porque con la postura que asumió Trotski convenció a Stalin de preparar su asesinato.

En el debate con los militantes del Partido Socialista de los Trabajadores de Estados Unidos, Trotski reitera su inveterada confianza en el triunfo de la revolución socialista en los países desarrollados y la convicción, cada vez más evidente en nuestros días, de que la alternativa al socialismo es la barbarie. Como sucediera hace mucho tiempo la perspectiva de la *revolución permanente* en un solo país ha desaparecido de las discusiones.

Es especialmente notable el rigor del análisis. Trotski se pregunta varias veces la posibilidad de replantear el enfoque de la época actual y de la revolución. Curiosamente, aunque evoca a Lenin con acentos que recuerdan las múltiples, diversas y disparatadas apelaciones al muerto ilustre de las discusiones de los años veinte, no se identifica con las conclusiones de su antiguo compañero respecto a la reevaluación de las perspectivas de la revolución mundial. En la polémica, Trotski enfatiza su apego a la más estricta disciplina en el Partido. Otra similitud notable con las discusiones de los años veinte es el cierto tono escolástico de las argumentaciones.

En definitiva, Trotski quedó todavía más aislado. Y sin embargo, su aislamiento, su destierro, su tragedia personal —perdió a sus hijos—, su derrota, revisten tintes de grandeza que su rival y vencedor, responsable en buena

medida de que el socialismo se haya enlodado para muchos años en el dogma y el crimen, no podrá nunca ostentar, con independencia de la capacidad que Stalin demostrara para adaptarse a situaciones reales y de la potencialidad que la URSS de los años treinta indudablemente adquirió para vencer al fascismo y reconstruir el país.

El mismo hombre que presentara las *Tesis sobre la Industria* al XII Congreso de los bolcheviques, por encargo del Buró Político, califica su propia actividad de ese mismo año (1923) como opositorista. Esta paradoja, que encierra sin dudas el enorme conjunto de circunstancias y de ideas que origina la lucha dentro del Partido por el poder y por los destinos de la Revolución —fatal coincidencia—, es fundamental para comprender la trayectoria vital de Trotski y la historia del socialismo en la URSS.

Más allá de su extraordinaria y controvertida ejecutoria política, en cualquier caso esencial para el establecimiento y la consolidación del poder soviético, León Trotski sigue siendo el mejor historiador del proceso de 1917, el más riguroso y cabal crítico de la URSS del «socialismo en un solo país» y el más importante crítico de la literatura rusa de los años veinte.⁵ Por estas razones, trasciende como pensador, a pesar de su terco apego a la ortodoxia marxista del siglo XIX, o quizás gracias a ello. En tanto la lectura crítica de la experiencia socialista del siglo XX siga pendiente, su obra es imprescindible.

Fernando Rojas
La Habana, 23 de febrero de 2008.